

## **LA ACADEMIA Y EL LIBRO "CÓRDOBA EN AMÉRICA", por Ángel Aroca Lara**

---

*Córdoba en América*, Excma. Diputación Provincial de Córdoba, Real Academia de Córdoba y ENRESA. Córdoba, 1992.

---

La Córdoba soterrada de Claudio Marcelo, la que se nos revela cada vez más populosa, aflorando ayer en Cercadilla y hoy en el Tablero Bajo, se forjó en el yunque del foco más activo de la civilización: la cuenca del Mediterráneo. A los cordobeses de la Bética, cuya experiencia milenaria hundía sus raíces en el trasiego cultural del *Mare Nostrum*, nada les era extraño, conocían todo o casi todo lo que podía conocerse en su tiempo; es más, hubo quien, como Séneca, llegó a intuir que la Tierra se extendía más allá de la isla de Tule y que un futuro nauta del Argos habría de descubrir el Nuevo Mundo:

“Vendrá al fin con paso perezoso  
los siglos apartados en que el hombre  
venza del mar océano las ondas  
y encuentre al cabo dilatadas tierras.  
Descubrirá otro Tiphis nuevos mundos  
y no será más Tule el fin del orbe”.

Tan preciso augurio del sabio cordobés cayó, no obstante, en saco roto y el viento oscurantista del Medievo sumió en el olvido los versos de *Medea*. El hombre, por comodidad intelectual, prefirió un mundo sin sorpresas, simple y maniqueo, con un Oriente contemplativo e imaginativo y un Occidente activo y emprendedor. Sin embargo, Séneca estaba en lo cierto y, en la madrugada del 12 de octubre de 1492, Rodrigo de Triana, que no en vano era de Lepe, al gritar: “¡Lumbre! ¡Tierra!”, le gastó a la Humanidad una broma pesada pues su exclamación venía a desmontar un orden secularmente establecido.

Efectivamente, en el corazón del mar tenebroso, como espinazo forzado en sueños de geologías milenarias, se alzaba una tierra vasta, poblada por incontables grupos humanos, que, aunque con un nivel de civilización diverso, tenían en común una cosmovisión abrumadoramente mítica, que les forzaba a vivir en

estado de tensión constante. Se trataba, en efecto, de un mundo nuevo; nuevo por insospechado, nuevo porque se ofrecía a sus exploradores como cosa virgen, nuevo porque el fatalismo de sus gentes nada tenía que ver con el pensamiento acrisolado a este lado del océano. Todos estos estímulos de novedad alentaron, sin duda, la ardua aventura de conquistar y evangelizar aquel extenso territorio, que, andando el tiempo, habría de ser América.

Córdoba no dudó en sumarse a esta epopeya. De la intuición secular, pasó a la acción. Tras haber acogido por algún tiempo a Cristóbal Colón y haberle brindado el fructífero amor de Beatriz Enríquez, envió a las Indias a Pedro de los Ríos, Juan Tafur, Cristóbal Ceballos, Francisco de Cárdenas, Gonzalo de Pineda, Martín de Solier, Pedro de Aguayo, Luis de Roa, Gonzalo Jiménez de Quesada, San Francisco Solano, Fray Jerónimo de Cervantes, el padre Alvaro Ruiz, Fray Juan de Cea, Fray Diego de Córdoba y Salinas, Fray Antonio de Cabrera, el padre Gabriel Cerrato y tantos otros que, con la espada o la cruz, cooperaron a la ingente tarea de hispanizar América.

Allí surgieron otras Córdobas: la de Calchaqui, la de Tucumán, la de Nueva España... Y allí, para estimular el fervor del indio, mandó Juan de Mesa los cristos salidos de su gubia; y allí florecieron la salomónica y el estípite de nuestros retablos, gracias, entre otros, a un buen número de tallistas cordobeses que se lanzaron a la aventura de las Indias.

Esta corriente se vio correspondida por otra de retorno, en la que lo hispano nos fue devuelto, enriquecido tras pasarlo por el tamiz de la sensibilidad indígena. Así, los frutos del feliz mestizaje llegaron a Córdoba en manifestaciones tales como la devota efigie de "El Esparraguero", *Los comentarios reales* de Garcilaso, el Inca, que terminaron de imprimirse en esta ciudad, o las pinturas marmóreas que decoran la fachada del palacio de la Merced, que siempre se nos antojaron consecuencia de una de las numerosas corrientes novohispánicas que hallaron eco en el arte peninsular.

Córdoba, la que con tanta fuerza se dejó sentir en América y siempre estuvo abierta a sus destellos, se suma hoy a la celebración del V Centenario del Descubrimiento con este bello libro de *Córdoba en América*, fruto de la colaboración de la Excm. Diputación Provincial, la Fundación Enresa y la Real Academia. En él la poesía alterna con la plástica para rendir un cálido homenaje a aquellas tierras, ganadas por la brava, entre luces y sombras, y perdidas con una gallardía que conmovió a Gabriela Mistral:

"Os fue dado por Dios una virtud tremenda:  
el ganar el botín y abandonar la tienda.  
Perder supieron sólo España y Jesucristo,  
y el mundo todavía no aprende lo que ha visto".

Basta hojear los boletines de la Real Academia de Córdoba, para advertir el interés que los miembros de esta Corporación han mostrado por los temas americanos. En el libro que hoy se presenta, desde el prólogo al epílogo, escritos respectivamente por Lourdes Díaz Trechuelo (Correspondiente en Sanlúcar de Barrameda) y Manuel Peláez del Rosal (Director de la Institución hasta fecha

reciente), planea el espíritu de la Academia. Su coordinador, Manuel Gahete, es Correspondiente en Fuente Obejuna; correspondientes son, asimismo, los poetas Juana Castro (en Villanueva de Córdoba), Carlos Clementson (en Villa del Río), Pablo García Baena (en Málaga), Luis Jiménez Martos (en Madrid), Concha Lagos (en Madrid), Alejandro López Andrada (en Villanueva del Duque), Vicente Núñez (en Aguilar de la Frontera) y Mariano Roldán (en Madrid). Mario López es Numerario de la sección de Bellas Letras. También son correspondientes los pintores Rafael Botí (en Madrid), Juan Hidalgo del Moral (en Fernán Núñez), Miguel del Moral (en Córdoba) y Antonio Povedano (en Córdoba); y la misma condición de Correspondiente en Córdoba tuvo nuestro llorado amigo Angel López Obrero, que legó a esta obra los últimos destellos de su arte.

La Academia ha empeñado, por tanto, en el libro que ahora ve la luz, su máspreciado patrimonio: el talento y la sensibilidad de diecisiete de sus miembros. Que su aportación sirva para que, sin perder nuestro norte europeo, volvamos los ojos hacia un mundo que integramos a la fuerza en el nuestro. No podemos permitirnos el mirar con recelo a quienes llegan de la América hispana buscando un bienestar del que adolecen. Ya que no les dejamos morir tras haber dado muerte a sus dioses, no podemos hacer sino acogerlos.

## **SOLEMAR, DE JUAN PORRO HERRERA,** **por Ana Padilla Mangas**

---

*Solemar*, de Juan Porro Herrera. Lípari Ediciones. Madrid, 1991.

---

“Solemar” es el último cuento que da título a las trece narraciones cortas que conforman la obra de Juan Porro Herrera (1).

Desde R. Ingarden se insiste en que leer es rellenar los espacios en blanco proyectados en el texto por el autor, y que el lector debe reconstruir, siguiendo el sendero trazado por el narrador. El camino escogido en el texto es una mezcla hábil y ágil de narración corta, como “El Congreso de Tavira”, cuento como “La renuncia” o prosa poética, casi verso puro, en “Estanque”.

Se trata de caminar: a veces deambular, a veces detenerse, a esa singladura que es la esencia de la realidad, por un lado y por otro la búsqueda en los rincones más profundos del ser en el tiempo: “Un tiempo como si fuera lejos con ese que parece como si estuviera cerca, el presente de ahora con el futuro de entonces” -pág. 41-.

---

(1) *Solemar*, Madrid, Lipari Ediciones, 1991.

La lectura de este libro resulta a la vez compleja y evidente, difícil y fácil. Existen narraciones lineales de carácter “realista” y otras donde la realidad se desdibuja y tiene que romperse porque así lo requieren los símbolos o el instante que se relata.

En los primeros, el tiempo, personajes y espacio siguen un orden narrativo, más o menos lineal, donde las descripciones minuciosas, el uso del estilo directo, reproducen el interior de lo retratado desarrollando una historia de amor como “Lucía e Isabelle en silencio”, un recuerdo, casi un instante; “Veranos” o una esperanza; “Noche de Ronda”...

En otras ocasiones los relatos apuntan hacia una realidad soñada o la realidad del sueño y el recuerdo más que una realidad objetiva, donde el tiempo se detiene un instante en la playa, en las calles de una gran ciudad, en un puerto, un despacho... espacio indeterminado pero descrito, donde habitan unos personajes que son perfilados por sus gestos, su soledad, ternura o vulgaridad... a veces sólo el color de unos ojos, o el nombre es suficiente para poner a andar a estos personajes que viven sólo unos instantes y que evocan la pintura de Eduardo Naranjo.

En definitiva, el arte de narrar se materializa en la, a veces terrible, dialéctica que se entabla frente al lector: la materia y el vacío, pasado y presente, presencia y ausencia. Con el uso de la primera persona se mide la distancia entre narrador y personaje con digresiones que muestran la complejidad de lo vivido, deseado, evocado o soñado.

**CON UN SELLO EN LA FRENTE.  
(POEMAS DE AMOR Y MUERTE), de Ernst Thomas Speck,  
por Joaquín Criado Costa**

---

*Con un sello en la frente.* (Poemas de amor y muerte), de Ernst Thomas Speck. Selección y comentarios de Inmaculada Herrera Martínez. Córdoba, 1992. 53 pp.

---

Se trata de un breve trabajo de 19 poemas del vate Ernst Thomas Speck seleccionados y comentados por la profesora de lengua y literatura españolas Inmaculada Herrera Martínez.

El título del libro procede del primer poema de este poemario: «sólo quiero saber qué se siente/con un sello en la frente»; y el subtítulo se basa en el contenido principal de sus versos. El amor y la muerte están presentes de continuo.

Podemos afirmar que se trata de un libro especial, al ser escrito en español por un poeta nacido en Austria y residente en Alemania con un plurilingüismo propio (aquí se nos presenta como un auténtico poeta castellano pese a su lugar de origen); es también un libro original, por ser una mezcla de poesía y comentarios en prosa y, además, es un libro sorpresivo por todo lo que entraña su contenido.

Al comienzo de la obra, en unos prolegómenos, Inmaculada Herrera nos acerca a los datos biográficos y humanos del poeta con leves alusiones al contenido del poemario. El cuerpo del trabajo son esos 19 poemas, cada uno de ellos comentado en prosa, y se cierra con un epílogo, donde se intenta dejar bien atados todos los cabos por si algún poema o su correspondiente comentario hubiesen quedado incompletos en su interpretación o significación.

Si analizamos la poesía de Speck, podemos comprobar con facilidad unos versos profundos e intensos. Aparece un cierto binomio entre el estilo estructural o estilístico de Federico García Lorca y el contenido sentimental de Antonio Machado. Recordemos los cortos pero profundos amores de Machado con Leonor y sus posteriores contactos con Guiomar. Sin embargo, son versos que salen de la interioridad hacia afuera; son, sin duda, imágenes y símbolos al estilo de Lorca.

Por ello, nos arriesgamos a afirmar esos tintes lorquianos y machadianos en la obra de Ernst Thomas Speck. Ambos poetas están latentes y presentes a un tiempo en estos versos que, por otra parte, nos atrevemos a definir con ciertas características de notable claridad: son –en síntesis– lineales, sencillos, directos e inmediatos pero, a la vez, trascendentes y que no pasan.

Es una poesía que transmite un sentimiento que bien pudiera afectarnos y sernos válida a cada uno de nosotros; en cualquier momento de nuestro existir el poema V o el XV o cualquier otro podríamos hacerlo de nuestra propiedad, sentirnos conectados con lo que allí se expresa, vernos reflejados en tan bellos vocablos engarzados con tan magistral estilo.

En todo esto y más radica la maestría de Speck, quien nos ha sabido transmitir sus sentimientos de forma que nos ha sumergido e inmiscuido en ellos y que cada lector puede sentir –en un momento dado de su existir– como suyo.

El propio poeta define la temática de su poemario con tres pilares básicos: muerte, soledad y amor. Se refiere a la muerte en una doble vertiente: la física, como fin de la vida, muerte como tal, fin del existir y que, cuando él compuso estos versos, la tenía muy próxima por los avatares de la vida; y la psíquica, como la ruptura, el fin de un amor o el intento de buscar ese amor.

A ello, según Speck, le sigue la soledad donde uno se refugia como si fuera una amiga y un descanso; no obstante, queda la esperanza de encontrar a alguien o algo.

Por fortuna, hoy día nuestro poeta va encaminando su poesía hacia una nueva temática: al vivir fuera de Córdoba, a bastantes kilómetros de distancia y con costumbres de raíces muy diferentes, siente cada vez más la nostalgia de una tierra que, aunque no le viera nacer, sí le ha visto crecer y madurar. Él confiesa que se halla muy bien en estas lindes y de aquí, por suerte, fluye un ánimo de esperanza que confiamos en que continúe en su ser para siempre.

Hagamos ahora una aproximación al otro aspecto del libro: Los comentarios en prosa. Cuando hacíamos la presentación de este trabajo allá por el mes de diciembre de 1992, recordábamos la forma externa de escribir de, quizás, uno de los tres mejores poetas de nuestra poesía castellana. Nos referimos a S. Juan de la Cruz y a sus comentarios en prosa sobre su propia producción poética para, de ese modo, poder ser mejor entendido por sus futuros lectores. Aquí, la visión en prosa

es ejecutada por un ser distinto al poeta con lo que varía el punto de vista en torno a la «traducción» o interpretación de la poesía.

Con ello, la poesía de Speck se hace comprensible tanto para el crítico como para el novel en el arte poético; la amplitud y profundidad con que han sido comentados tales poemas lleva a la comprensión de los mismos. La comentarista de cada uno de esos 19 poemas se ha basado en aspectos diferentes: recursos estilísticos, frases más sutiles y profundas, léxico o palabras-clave más significativas... Sabe dar a cada poema el comentario que necesita y conviene en cada momento.

El trabajo ha tenido que ser arduo pues no es empresa fácil la de desentrañar la profunda poesía de Speck en términos de generales características para una comprensión asequible a un gran número de futuros lectores.

No podemos dejar en el tintero un hecho que nuestra sociedad acusa –por desgracia– con altísima frecuencia. Nos referimos a la publicación de libros y, sobre todo, si se trata de poesía de un poeta novel.

Los autores de este ejemplar vieron cerrárseles las puertas de editoriales públicas y privadas, distribuidores, etc. Por ello, y debido a su ahínco y tenacidad, han tenido que recurrir a convertirse en sus propios editores y distribuidores para sacar –de este modo– la obra a la luz.

Confiemos en que esta situación tan deplorable y penosa para el mundo de las letras vaya cambiando y, poco a poco, se vayan abriendo los ojos ante trabajos de personas jóvenes, con ganas de hacer cosas y de «regalar» su obra a quienes quieran leerla y recrearse en ella. Tengamos al menos esperanza.

### ***LAS CAJAS DE AHORROS Y EL FUTURO DESDE SU HISTORIA, de Luis Palacios Bañuelos, por Enrique Aguilar Gavilán***

---

*Las Cajas de Ahorros y el futuro desde su historia*, de Luis Palacios Bañuelos. Instituto de Estudios y Organización (IDEOR). Córdoba, 1992.

---

Dice el Dr. Velarde Fuerte, prologuista de la obra que nos ocupa, que "...existe obligación de señalar cuando un trabajo es importante y se ha abordado del modo más adecuado posible" y, en efecto, nuestro reciente premio Príncipe de Asturias apunta con certeza al referirse al libro *Las Cajas de Ahorros y el futuro desde su historia*, nuevo fruto del buen hacer intelectual al que nos tiene acostumbrados Luis Palacios Bañuelos, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Córdoba y en la actualidad Director de su Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América.

No vamos a descubrir en esta breve sinopsis el conocimiento que el Dr. Palacios tiene sobradamente constatado sobre el tema objeto de este libro; tanto por su amplia producción historiográfica como por propia experiencia personal, sus opiniones, sus asertos e incluso sus propias interrogantes respecto a la situa-

ción por la que atraviesan en la actualidad las Cajas de Ahorros tienen, posiblemente, un valor añadido difícil de encontrar en publicaciones de temática similar.

Apuntada, pues, esta circunstancia y ya en el ámbito del contenido del libro, el autor dedica las páginas iniciales a efectuar unas oportunas reflexiones sobre la problemática que envuelve hoy a las Cajas de Ahorros y Montes de Piedad del país, una problemática que aparece presidida por las consecuencias que el mercado único europeo impondrá al sistema financiero español. Gran reto, sin duda, para estas entidades tan arraigadas en la concepción popular del crédito y del ahorro que les obliga, en opinión de nuestro autor, a abordar y dar respuesta de inmediato a una serie de cuestiones claves para su futuro y entre las que destaca: la competencia en un mercado financiero totalmente libre, las funciones en curso y el futuro de sus obras sociales y culturales.

Sin dejar de destacar la necesidad de una acción encaminada a modernizar las estructuras de gestión y producción empresarial de las Cajas de Ahorros, no ignora el Dr. Palacios, y así lo expone, que la respuesta de sus consejos ejecutivos a los problemas antes apuntados puede suponer la total pérdida de identidad de unas instituciones que nacieron con fines muy distintos a los de la banca tradicional: lo que él llama *la bancarización de las Cajas de Ahorros*, con lo que esto conlleva de amenaza a su vocación social y verdadera insignia de su razón de ser durante más de 150 años de existencia.

En la segunda parte del libro, nuestro autor efectúa un recorrido por lo que es y constituye una de las señas de identidad de las Cajas de Ahorros, su histórico compromiso con la acción social, un compromiso que si bien se ha desarrollado en una realidad socioeconómica sometida a la evolución de los tiempos, encuentran, con las adaptaciones pertinentes, plena incardinación en la realidad social de la España actual. Es, precisamente, en este terreno donde cobra plena vigencia la dimensión cultural de las obras sociales de las Cajas de Ahorros, un mecenazgo que engarzado en la tradición de su historia sea capaz —cito textualmente— de “idear un plan de acción cultural que responda a las demandas sociales, que tenga en cuenta las diferencias regionales, que fomente la creatividad sin olvidar la necesaria rentabilización por las cajas de toda su acción cultural en beneficio de su imagen”.

Si la problemática presente y el reto de futuro de las cajas de ahorros encuentran tratamiento en los dos primeros apartados del libro, el autor dedica un tercero a plantear el tema en su perspectiva histórica. El profundo contenido ético y social que presidió el nacimiento de este tipo de entidades como instrumentos de lucha contra la usura, la encarnación de este espíritu en una importante acción benéfico-social a lo largo de su historia, y las normas que la han regulado dando reconocimiento institucional al departamento —obras sociales y culturales— encargado de tan importante y substantiva misión..., constituye las referencias al pasado que clara y plenamente desarrolladas por nuestro autor permiten comprender al lector la importancia histórica de las cajas, la fuerte personalidad de estas instituciones precisamente por su compromiso con la sociedad y la necesidad de que sus gestores actuales preserven su especificidad funcional como lo más preciado de su herencia histórica en momentos de cambio e incertidumbre como los que actualmente vivimos.